

## RECENSIONES CRÍTICAS

|   |         |
|---|---------|
| Knight, George R. <i>A Search for Identity: The Development of Seventh-day Adventist Beliefs</i> (Miguel Ángel Núñez).....                      | 189-192 |
| Muñiz Aguilar, Marga. <i>Femenino plural: Las mujeres en la exégesis bíblica</i> (Miguel Ángel Núñez)   | 192-195 |
| Pöhler, Rolf J. <i>Continuity and Change in Christian Doctrine: A Study of the Problem of Doctrinal Development</i> (Sergio E. Becerra).....    | 195-198 |
| Pöhler, Rolf J. <i>Continuity and Change in Adventist Teaching: A Case Study in Doctrinal Development</i> (Sergio E. Becerra).....              | 195-198 |
| Schwemer, Daniel. <i>Die Wettergottgestalten Mesopotamiens und Nordsyriens im Zeitalter der Keilschriftkulturen</i> (Gerald A. Klingbeil) ..... | 198-202 |

---

*A Search for Identity: The Development of Seventh-day Adventist Beliefs*, por George R. Knight. Hagerstown: Review and Herald Publishing Association, 2000. Pp. 216. ISBN 0-8280-1541-4. US\$ 9,99.

Knight ha escrito otros libros relevantes sobre la historia adventista (e.g., *From 1888 to Apostasy: The Case of A. T. Jones* [Washington: Review and Herald Publishing Association, 1987]; *Angry Saints: Tensions and Possibilities in the Adventist Struggle over Righteousness by Faith* [Hagerstown: Review and Herald Publishing Association, 1989]; *Millennial Fever and the End of the World: A Study of Millerite Adventism* [Boise: Pacific Press Publishing Association, 1993]; *A Brief History of Seventh-day Adventists* [Hagerstown: Review and Herald Publishing Association, 1999]), así que no es nuevo en estas lides. Como en otros trabajos, Knight es incisivo, erudito y honesto en plantear posibles hipótesis y establecer la posibilidad de lo que ocurrirá en el futuro frente a algunas tendencias observadas. Podemos o no estar de acuerdo con todo lo que plantea en el libro, sin embargo, de algo no podemos escapar y es que la información que entrega es aplastante, y al menos por la cantidad de datos que maneja, nos debería llevar a pensar en lo razonable que parecen sus planteamientos en el contexto que vivimos hoy.

Traza cuatro momentos históricos orientados en torno de preguntas vitales que han organizado el quehacer teológico de la iglesia. Los tres primeros capítulos nos introducen en el contexto histórico inicial del adventismo. Discute el concepto de “verdad presente” y la comprensión progresiva de la verdad, conceptos claves para entender al adventismo. Se detiene en la forma de estudiar la Biblia de Miller y narra como su método se convirtió en herencia para el adventismo.

El capítulo cuatro traza el desarrollo de la doctrina adventista entre los años 1844 y 1885. Según el autor la pregunta central de este período es: “¿Qué es el adventismo en el Adventismo?” En otras palabras, se trata de definir la identidad teológica de la iglesia.

Luego en el capítulo cinco reseña el desarrollo de la doctrina entre 1886 y 1919. La pregunta guía es: “¿Qué es cristiano en el adventismo?” El autor parte de la premisa que el énfasis en las doctrinas fundamentales de algún modo alejó a los adventistas de los grandes temas centrales del cristianismo produciendo un desequilibrio teológico. Por esa razón en este período los temas que aparecen como centrales de algún modo muestran un regreso a grandes hitos del cristianismo. La autoridad de la Biblia; la justificación por la fe y el mensaje del tercer ángel; la trinidad, la divinidad plena de Jesús y el rol del Espíritu Santo. En especial se inicia una discusión –aún no terminada– en torno de la naturaleza humana de Cristo.

El capítulo seis se centra en el desarrollo de la doctrina entre 1919 y 1950 con la pregunta: “¿Qué es lo fundamentalista en el adventismo?” El autor muestra que en esta época ya se observan signos de polarización. Los temas centrales giran en torno a la inspiración. Se volvió a revivir el tema de la justificación por la fe, especialmente con el tema de la ley. Analiza a M. L. Andreasen y su reacción frente al libro *Questions on Doctrine*, lo que de algún modo marca el tono de la discusión que se da de ahí en adelante. Una disputa que se torna en algunos momentos contestataria y confrontacional.

El capítulo siete narra los eventos teológicos que cubren desde 1950 hasta nuestros días. La preocupación de este último tiempo se ha centrado –según Knight– en cuatro áreas distintivas. En primer lugar, la discusión sobre el adventismo histórico. El segundo ha sido el significado de 1888. Desde los revisionistas que acusan a la IASD de no haber escuchado el mensaje de 1888 hasta quienes sostienen que la IASD debería dar vuelta la hoja y concentrarse en la misión presente. El otro tema ha girado en torno al rol del Elena G. de White y su autoridad, especialmente en el ámbito teológico. Tema que se enmarca dentro de un problema más abarcante que pasa por la autoridad de la Biblia y la teología de la revelación. También se detiene en la investigación en torno de la inspiración. Un debate que aún permanece, especialmente por la introducción de conceptos ajenos al pensamiento adventista.

Finalmente en el último capítulo hace un análisis acerca del significado de todo este proceso. Alerta sobre los riesgos de la polarización y sus efectos a largo plazo en la iglesia. Luego menciona lo que llama “*rigor mortis* teológico” donde se explyea en torno de los efectos de asumir “27 doctrinas básicas” y de que aquello se convierta en una especie de credo. Finalmente habla de los fundamentos teológicos del adventismo y de la necesidad de retomar los temas fundamentales del mensaje adventista. Termina recordando que lo que ha mantenido la identidad teológica de la IASD durante sus años de existencia ha sido centrar su mensaje en la inminencia de la segunda venida de Cristo y en el mensaje de los tres ángeles.

Knight tiene la habilidad de poseer un poder de síntesis admirable. Sin embargo, eso que es su mayor fortaleza, puede convertirse en un problema al dar por supuestos conceptos que ha desarrollado en otros libros o trazar líneas sintéticas que pueden aparecer como demasiado reduccionistas.

Lo deja entrever al decir que para entender el presente volumen es necesario haber leído su *Breve Historia del Adventismo* (p. 10). Sin embargo, aun conociendo este hecho, es una debilidad suponer demasiado de los conocimientos del lector.

Si bien en general su aporte es fundamental, me parece que el autor ha omitido, en la última parte, algunas preocupaciones esenciales de la teología adventista de hoy que giran especialmente en torno de la eclesiología, con tres preocupaciones básicas: (1) la autoridad de la iglesia para definir y construir una teología fundamental; (2) la unidad de la iglesia y la base teológica para una iglesia universal y no congregacional; (3) el problema en torno de la ordenación (específicamente el lugar de la mujer en la iglesia). Su omisión me parece inadmisibles y sin explicación, siendo que es un tema de vital importancia hoy. Y aunque menciona preocupaciones eclesiológicas se refiere al remanente (p. 195), y no a lo que a mi entender, está en el meollo de la discusión actual.

Uno de sus aportes fundamentales es dar evidencias de que la teología adventista no es ni ha sido monolítica, sino que ha tenido un desarrollo a lo largo del tiempo. Afirma que probablemente “muchos adventistas no saben que las doctrinas adventistas han cambiado en el tiempo” (p. 11). Existe la tendencia a creer que siempre hemos pensado de un determinado modo respecto a alguna doctrina; este libro desmiente aquello.

Otro de los aportes del texto es el logro de trazar, en este desarrollo, algunas líneas generales o períodos característicos en los cuales las preocupaciones giran sobre temas distintivos. Sirve para tener una mirada de conjunto en la que, pese a la diversidad, se ve una unidad.

Su estilo incisivo, que probablemente puede molestar a alguno, ayuda a enfrentar las problemáticas teológicas con honestidad y quitándonos esa imagen de triunfalismo que tanto mal nos ha hecho. Seguramente a muchos molestará la afirmación que “la mayoría de los fundadores del Adventismo del Séptimo Día no estarían dispuestos a unirse a la iglesia hoy si tuvieran que aceptar las 27 Creencias Fundamentales” (p. 17). Sin embargo, al pensar en las razones de dicha afirmación, es creíble y hasta sustentable y nos hace reflexionar sobre el peligro de radicalizarnos en torno de 27 afirmaciones fundamentales, yendo contra la idea de no tener un credo (pp. 21-4), concepto muy caro al pensamiento de los pioneros con su énfasis en la verdad progresiva (pp. 19-21).

Es un libro útil para rastrear los orígenes de algunas de las disputas que dividen al adventismo de hoy. Enfrentarnos con nuestro pasado es en cierto modo obligarnos a ver nuestro presente. Hay temas que en su origen y desarrollo han sido traumáticos (p. 125) (una expresión de Knight) y siguen siendo causa de discordia. Analizar el origen al menos ayuda para saber qué estamos discutiendo.

Es por otro lado un aporte el evidenciar cómo las discusiones foráneas a la teología adventista comenzaron a hacer mella en su desarrollo doctrinal. Situación que se genera a partir de 1920 con los énfasis polarizados de la teología y su afán de separar a conservadores (fundamentalistas) de liberales (modernistas) (p. 129), polarización que

en la práctica ha hecho más mal que bien, introduciendo fricciones donde no las hay e impidiendo un acercamiento de posturas para llegar a diálogos que permitan el avance, triste realidad que vemos con algunos de los libros que publican algunos adventistas hoy. La reacción de un gran sector del adventismo, fue radicalizar algunas posturas frenando de ese modo un avance sostenido (pp. 133-8).

A mi juicio, lo mejor del libro está al final, en el análisis de lo que significa todo el desarrollo y de los grandes peligros que corre la iglesia con la polarización (pp. 198-201) tornando a los hermanos en enemigos e impidiendo llegar a la verdad plena. Como lo sostiene taxativamente, “cualquier grupo religioso estará en problemas si formula su teología primariamente en oposición a una posición real o polarizada” (p. 200). Una actitud tal lo único que logra es una mayor polarización y la distorsión de la teología.

Este libro nos obliga a pensarnos como adventistas y especialmente como teólogos. En los últimos años varios textos han ayudado a madurar la idea de que la teología adventista ha estado en un desarrollo sostenido a lo largo del tiempo y se ha ido tejiendo de una manera que en muchas ocasiones no es fácil descubrir pero, que de todos modos implica la presencia de una teología no estática y dinámica. La confirmación de esa idea ayuda a pensar que así nos alejamos de los peligrosos caminos del dogmatismo y la rigidez doctrinal que tanto mal le han hecho al cristianismo a lo largo de la historia.

Miguel Ángel Núñez

Universidad Adventista del Plata, Libertador San Martín, ARGENTINA

---

*Femenino plural: Las mujeres en la exégesis bíblica*, de Marga Muñiz Aguilar. Barcelona: Editorial CLIE, 2000. Pp. 192. ISBN 84-8267-156-1. US\$ 11,95.

El libro es una investigación sobre la conexión en el cristianismo entre mujer y exégesis bíblica. Reacciona frente a los exegetas que “han defendido una posición de subordinación para la mujer, tanto en la iglesia como en la familia” (p. 7).

Afirma que “cualquier interpretación que conduzca a la injusticia y a la opresión, se debe rechazar como antibíblica, aunque se citen textos para apoyarla” (p. 8). Sostiene que “apelar simplemente a la Biblia no garantiza, por sí mismo, una postura correcta” (p. 8). En su introducción aclara que la doctrina cristiana ha estado afectada por interpretaciones ligadas a la tradición más que a la exégesis del texto bíblico.

El libro está dividido en cuatro secciones. En la primera sostiene que en la intención original de Dios, no había lugar para la subordinación de un ser humano a otro. Si “tanto los hombres como las mujeres reflejan la imagen de Dios, ¿cómo puede entenderse que uno esté subordinado al otro si los dos géneros están contenidos dentro de su Ser?” (p. 17). Haciendo estas preguntas abiertas para el debate, va refutando algunos de los argumentos que se han dado para la sumisión de la mujer tomando como punto de partida el texto de Génesis.

En el tema de la caída analiza algunas de las interpretaciones que se han propuesto para la relación de subordinación que se da a partir de Génesis 3. Refuta algunos de los argumentos y sostiene que “la relación de subordinación empezó como consecuencia de la caída, que tuvo unas consecuencias catastróficas para el ser humano” (p. 24).

Luego analiza la forma como Jesús utilizó el relato de la Creación señalando que él “no mencionó para nada el principio de jerarquía, sino el de igualdad” (p. 25). Además, a partir de la utilización de Cristo de los conceptos de Génesis 3, llega a la conclusión de que el texto es “descriptivo de lo que iba a ocurrir como consecuencia de la caída, y no [...] prescriptivo” (p. 25).

En la segunda sección analiza el rol de la mujer en el AT y NT. En el AT analiza a María, de quien dice que tenía el mandato de ser profeta y en dicho ministerio incluía el predicar (p. 31); luego analiza a algunas personas conocidas y otras menos reseñadas (Débora, Hulda, Sara, Abigail, la madre de Sansón, la mujer de Pr 31). En el NT dedica mucho espacio a Junia de quien declara que “la exégesis tradicional la ha convertido en un hombre, en un intento de silenciar el hecho de que una mujer ostentara una posición que la iglesia primitiva reconocía como de autoridad” (p. 37). También dedica un amplio espacio para hablar de Febe, la diaconisa y se detiene en el sentido que aquella expresión tuvo en su origen; en su estudio concluye que “cuando Pablo asocia la palabra *diakonos* a un cristiano individual, está haciendo referencia a una persona encargada de predicar y enseñar. Sin embargo, en el caso de Febe, se tiende a minimizar este título, simplemente porque se trata de una mujer” (p. 43).

Se dedica a analizar la labor evangelizadora de Priscila con algunos datos interesantes sobre su ministerio; también se explora sobre Evodia y Síntique, dos personajes oscuros en el texto bíblico, pero de los cuales extrae buenas conclusiones; dedica algunos análisis a Lidia y a otros personajes femeninos del NT, mostrando antecedentes que son sorprendentes por los datos que entrega. Me resultó especialmente interesante y novedoso su análisis de la llamada “señora elegida” de la segunda epístola de Juan.

Concluye que el liderazgo de muchas mujeres en la Biblia desmiente a quienes creen que la misma Biblia argumenta en contra de dicho liderazgo. Muchas interpretaciones antagónicas a la mujer tienen su origen en fuentes extrabíblicas y no tienen en cuenta todos los pasajes relativos al tema (p. 79).

En la siguiente sección analiza algunos de los textos más debatidos en el tema. Comienza con 1 Co 11:2-16, donde se dedica a examinar el concepto “cabeza” en este contexto, concluyendo que el término no implica jerarquía sino origen (p. 87) y enfatiza que el texto se entiende a la luz del intento de Pablo de combatir prácticas asociadas a cultos paganos (p. 92). Luego analiza 1 Co 14 y vuelve a poner énfasis en la idea que Pablo “no quería que se confundiera al cristianismo con los cultos paganos” (p. 94). Concluye su estudio con que “el ‘guardar silencio’ de 1 Co 14:34 no significa, por tanto, que las mujeres se abstengan por completo de hablar o que se las deba excluir del liderazgo espiritual”. Lamenta “que una exégesis equivocada haya convertido a este

defensor de la igualdad de derechos entre hombres y mujeres, en un campeón de la discriminación contra la mujer” (p. 99).

El siguiente pasaje que analiza es Ef 5:18-32 y llega a la conclusión que “la razón que Pablo aduce es que el marido es su ‘cabeza’, es decir, el marido es la fuente de provisión de la mujer, aquel que la anima a llegar a ser todo lo que Dios quiere que ella sea, aquel que la ayuda a desarrollarse plenamente en toda su potencialidad, como hace Cristo con la Iglesia” (p. 105).

Los siguientes versículos en ser analizados son 1 Ti 2:8-15 dejando en claro que “la comprensión de este verso depende fundamentalmente de la traducción de un solo verbo, cuyo significado no está claro, y que es usado una sola vez en todo el Nuevo Testamento” (p. 109). Luego señala los mitos que circulaban por Efeso como la forma de entender algunos de los conceptos reseñados en estos textos.

El siguiente texto en analizar es 1 Ti 3:1-7. Sostiene que “este pasaje no se puede ni se debe usar como prueba concluyente contra el liderazgo de las mujeres en las iglesias porque los requisitos que aquí se establecen no son exhaustivos” (p. 126). Luego argumenta que la ordenación de “ancianas” fue prohibido en el Concilio de Laodicea por posturas no bíblicas (p. 127).

Luego examina Hch 2:14-21 en el cumplimiento de la profecía de Joel. Enseguida argumenta sobre Gl 3:28 y termina hablando de la paradoja de una iglesia cristiana que en el primer siglo defendía la desaparición de las diferencias y clases, y que hoy las mantiene contra viento y marea (p. 134).

En la última sección titulada “el gran cambio”, estudia cómo el cristianismo recibió la influencia del pensamiento griego y cómo esto afectó a la exégesis. Luego en “la romanización del cristianismo” sostiene que “a medida que el espacio donde los cristianos celebraban su culto se hacía más público, se veía con mayor reticencia esta participación de la mujer en el liderazgo de la comunidad, ya que el espacio público era considerado como un espacio masculino” (p. 156). Luego explica cómo la jerarquización al estilo monárquico penetró en el cristianismo alejándolo de los ideales de Jesucristo.

En la siguiente parte analiza la influencia del pensamiento grecorromano en las traducciones bíblicas. Su conclusión es que “los prejuicios sexistas, que a lo largo de los siglos han impregnado el pensamiento cristiano y cuyo origen está en la cultura grecorromana, se dejan sentir en la mayoría de las traducciones bíblicas” (p. 161), lo que legitima dichos prejuicios.

En general es un buen libro. Sin embargo, en su ambición de cubrir demasiado termina siendo muy escueto en muchos de los argumentos que presenta y siendo muy simplificada su presentación. Por eso corre el riesgo que la virtud de abarcar tanto material se convierta en una deficiencia por no llegar a profundizar lo suficiente. Por otro lado, la autora, con buenas intenciones da por supuestos muchos conceptos que no son conocidos para muchos lectores, por ejemplo, conceptos propios del feminismo y del sexismo, que haría bien en aclarar. Habría preferido un libro más largo, pero más

contundente en información. Aun con las deficiencias que hemos reseñado es un libro digno de leerse porque nos obliga a replantearnos los argumentos que se han dado con relación a la mujer y la Biblia. Descubre en pocos párrafos muchas de las contradicciones en las que han caído quienes por defender a ultranza sus prejuicios, han terminado tergiversando las Sagradas Escrituras y haciendo de ellas una parodia de la verdad. Si algo deja en claro el libro es que no es posible seguir arguyendo los mismos discursos misóginos a los cuales algunos nos tienen acostumbrados y seguir utilizando la Biblia con impunidad para justificar sus conceptos basados en prejuicios y sexismos, que en nada ayudan para entender a un Dios misericordioso que desprecia la injusticia.

Lo más valioso del libro es la enorme cantidad de inquietudes que despierta. A partir de este libro es posible realizar un sinnúmero de otras investigaciones que servirían para ahondar o ratificar las conclusiones a las que ha llegado la autora.

Es interesante la voz de una mujer haciendo teología. Introduce un elemento nuevo que es vislumbrar la perspectiva de quienes normalmente han estado relegadas en el campo teológico. Sin embargo, en el caso de esta autora en particular no es de interés simplemente por ser mujer sino porque el libro está bien fundamentado.

Por otro lado, no ha caído la autora en lo que caen muchas escritoras revisionistas, es decir, en el facilismo del feminismo gremial. De hecho casi no hay menciones a este fenómeno sociológico. Simplemente es una mirada honesta sobre un problema profundo. Uno se pregunta, basándose en este libro, ¿cuántas injusticias se han cometido en el cristianismo por una interpretación sesgada de la Biblia? ¿Cómo hacer para que el estudio de la Biblia conserve un rasgo de objetividad que permita su comprensión sin atavismos ni distorsiones? Magna tarea que pareciera, que en este tema, recién se inicia.

Miguel Ángel Núñez

Universidad Adventista del Plata, Libertador San Martín, ARGENTINA

---

*Continuity and Change in Christian Doctrine: A Study of the Problem of Doctrinal Development*, por Rolf J. Pöhler. Frankfurt am Main: Peter Lang, 1999. Pp. 156. ISBN 3-631-33201-7. US\$ 31,95.

*Continuity and Change in Adventist Teaching: A Case Study in Doctrinal Development*, por Rolf J. Pöhler. Frankfurt am Main: Peter Lang, 2000. Pp. 380. ISBN 3-631-33200-9. US\$ 52,95.

Ambas obras son la adaptación de la tesis doctoral de Pöhler, que fue presentada en 1995 bajo el título “Change in Seventh-day Adventist Theology: A Study of the Problem of Doctrinal Development”. Los objetivos del primer volumen son los de “considerar el problema de la continuidad y el cambio doctrinal según lo aborda la literatura teológica en general” (con un énfasis en autores católicos y protestantes europeos), para lograr una comprensión cabal de la problemática involucrada y ver sus posibles soluciones. En segundo lugar, “se espera que el estudio provea una base ade-

cuada y sólida sobre la cual se pueda construir un concepto hermenéutico en torno al desarrollo doctrinal” (p. 15).

El libro se divide en tres capítulos, dos apéndices y una bibliografía abundante. El primero plantea el problema del desarrollo doctrinal. Su virtud es la de definir claramente los términos para una comprensión de la discusión, y de explicar el surgimiento de la conciencia histórica a partir del siglo XVIII, que motiva el estudio del desarrollo doctrinal hasta hoy. El segundo capítulo ofrece una breve, pero completa, presentación histórica de los modelos conceptuales de desarrollo doctrinal con un énfasis en el protestantismo y catolicismo europeos. Pöhler señala que las diferencias entre ambos obedecen mayormente a sus distintos conceptos de autoridad doctrinal. Los modelos conceptuales presentados en el segundo capítulo son divididos en tres grandes categorías: “La doctrina invariable: la aproximación inmóvil-estacionaria de la teología tradicional”, “La teología en desarrollo: la aproximación progresivo-evolutiva de la teología moderna”, y “La doctrina transmutante: la aproximación revisionista-revolucionaria de la teología contemporánea”.

El núcleo del volumen se encuentra en el capítulo tres, que presenta una tipología de las teorías de desarrollo doctrinal dividiéndolas en tres grupos: “las estáticas” (reflejan el pensamiento conservador y coinciden con el modelo invariable del capítulo anterior), cuyas fortalezas radican en mantener la continuidad con el pasado, pero que no logran enfrentar satisfactoriamente la cuestión del cambio doctrinal; “las evolucionarias/revolucionarias” (reflejan el pensamiento liberal y coinciden con el modelo transmutante), que explican bien el cambio pero no logran mantener la continuidad doctrinal con el pasado. Ambos modelos fracasan, según Pöhler, en responder de manera completa al problema del desarrollo doctrinal.

El tercer grupo, que reúne a las teorías “dinámicas” (teología en desarrollo), trata de retener las virtudes de los dos grupos anteriores evitando sus flaquezas. El capítulo presenta varias maneras cómo estas teorías pueden ser aplicadas en la práctica. Sin embargo, aunque Pöhler demuestra claramente su preferencia por este grupo, afirma a la vez que no coincide plenamente con su evolución en la literatura teológica (p. 113), anunciando que su propia postura la presentará en una obra futura (p. 113, nota 259). Esto es decepcionante, ya que se esperaría que el autor no se auto limite en una obra de esta naturaleza, justamente al llegar al punto culminante, es decir, ofreciendo lo que considera debiera ser la teoría de desarrollo dinámico ideal. Esta es una debilidad fundamental del volumen. Además, se torna complicado tener que leer el texto y sus numerosas notas explicativas a la vez, para seguir el hilo de la discusión. Muchas notas podrían haber sido incluidas en el texto. Probablemente se debe a que el libro guarda en muchos aspectos el formato de tesis.

El objetivo del segundo volumen es “investigar la extensión, naturaleza y dirección de los desarrollos doctrinales que han ocurrido en la historia de la Iglesia Adventista del Séptimo Día desde sus comienzos hasta los años recientes” (p. 14). Pöhler pretende proveer, a través de este estudio, una base adecuada y sólida para la construcción de

un concepto hermenéutico del desarrollo doctrinal, para uso dentro del contexto teológico adventista. Explica que su interés no es el de la formación de doctrinas, sino sus “transformaciones sucesivas” posteriores (p. 15). El estudio se concentra en “modificaciones doctrinales selectivas y sus interpretaciones dentro de la iglesia en la medida que aportan luz sobre la problemática teológica del desarrollo”. Pöhler especifica que su interés no es la continuidad e identidad doctrinal, sino su desarrollo y cambio, pues es allí donde radica el problema (p. 15, nota 1).

El volumen se divide en tres capítulos, dos apéndices y una bibliografía escogida extensa. El primer capítulo analiza la extensión, la naturaleza y la dirección tomada por las diversas modificaciones de las doctrinas adventistas. También presenta el contexto religioso que influyó en el origen del adventismo del séptimo día y las fuerzas sociológicas que contribuyeron a los cambios de sus doctrinas a través de los años. A pesar de que la presentación de este capítulo es breve, Pöhler logra ofrecer mucha información, gracias a sus referencias bibliográficas y comentarios en las notas. El segundo capítulo analiza la respuesta de la iglesia a los ajustes doctrinales reflejados en las disputas teológicas a través de la historia del adventismo y del uso de frases eslogan como “verdad presente”, “nueva luz”, “pilares”, etc. No obstante, la mayor contribución de Pöhler en este capítulo es su análisis de los conceptos de desarrollo doctrinal en la teología adventista. Sigue para ello el mismo proceso de análisis que utiliza en el primer volumen al describir los modelos presentes en el catolicismo y el protestantismo europeos, y al proponer su propia tipología. Primero analiza el grupo que él denomina de “la doctrina invariable”, luego el de “la doctrina en desarrollo” y finaliza con el de “la doctrina transmutante”. Esta presentación es útil, porque permite tener una idea de conjunto de las diversas opiniones en torno al cambio doctrinal presentes en la teología adventista, aunque la clasificación de ciertos teólogos en un grupo u otro es a veces discutible. Finalmente, el tercer capítulo lleva a cabo un análisis del impacto de Elena G. de White en el proceso del desarrollo de las doctrinas adventistas. Según Pöhler, “su importancia e impacto perdurable sobre la Iglesia, difícilmente puede ser exagerado” (p. 225). Luego plantea una serie de preguntas muy pertinentes: “¿Qué influencia tuvo Elena G. de White sobre el desarrollo de las doctrinas adventistas? ¿Le dio forma a las enseñanzas de la iglesia de alguna manera significativa? ¿Hasta qué nivel, si lo hubo, experimentó ella misma un crecimiento teológico y ajustes en materia de cambio doctrinal? ¿Opinó ella de manera específica sobre el problema del cambio doctrinal? ¿Favorecería ella o más bien se opondría a los cambios cuando se trata de las doctrinas establecidas de la Iglesia Adventista?” (p. 226). Luego el capítulo se fija tres objetivos: (1) analizar brevemente el rol de Elena G. de White en cuanto al desarrollo de las doctrinas adventistas; (2) describir su participación en los cambios teológicos y revisiones doctrinales; (3) y presentar un resumen de lo que parece ser el concepto de Elena G. de White sobre el desarrollo doctrinal. Pöhler reconoce que al tratar el rol de Elena G. de White, se aventura en “el área más sensible de la investigación del pasado adventista”, citando a William G. Johnsson (p. 226). El capítulo aclara que White tuvo un rol mucho más activo de lo pensado o afirmado por muchos autores adventistas,

en el área de la formación, preservación y revisión doctrinal, y trata de despejar varios mitos al respecto. Luego pretende demostrar que ella misma pasó por un proceso de maduración y crecimiento teológicos, que incluyeron ajustes y revisiones de doctrinas mal comprendidas o incorrectas. Finalmente presenta el concepto de White sobre desarrollo doctrinal que posee dos dimensiones: una dimensión afirma la necesidad de continuidad doctrinal y la otra demanda un auténtico cambio doctrinal. Según Pöhler, White tiene la posición más desarrollada y más equilibrada sobre este tema en el adventismo. Ella habría advertido vez tras vez a la iglesia contra el rechazo de la preciosa “antigua luz” y la tozuda resistencia hacia la muy necesaria “nueva luz” (p. 243).

El mayor aporte del segundo volumen es que presenta claramente “la extensión, naturaleza y dirección de los desarrollos doctrinales”. Cumple así con su primer objetivo. Sus numerosas referencias y notas bibliográficas dan testimonio de ello. Sin embargo, cabe notar que el estudio del desarrollo de las doctrinas no es totalmente nuevo en el adventismo. Sí lo es el énfasis sobre la historia del cambio doctrinal que Pöhler le da, por encima del estudio del génesis, la continuidad y la evolución. Es claro que este tipo de estudio es útil, pues revela con candidez la influencia del elemento humano sobre el desarrollo doctrinal. Pero esta perspectiva conlleva un cierto riesgo, el de sobre enfatizar la influencia de los factores sociológicos como productores del cambio doctrinal por encima de los religiosos, incluida la dirección divina. Sin duda, todo estudio de la historia de las doctrinas debe encontrar un equilibrio entre el impacto del factor humano y el divino. En cuanto al segundo objetivo de Pöhler, es decir: “proveer, una base adecuada y sólida para la construcción de un concepto hermenéutico del desarrollo doctrinal adventista”, uno queda insatisfecho. A pesar de que éste logra demostrar los puntos fuertes y las carencias de las diferentes teorías “inmovilistas”, “transmutantes” y “dinámicas”, destacando la superioridad de éstas últimas, no queda bien en claro cuál es su propuesta del modelo “dinámico” ideal. Es posible que esto se deba a su falta de definición, ya evidente en el primer volumen, en el contexto del marco teórico. La mayor sorpresa Pöhler la ofrece al demostrar que Elena G. de White poseía una comprensión hermenéutica profunda, equilibrada, clara y aún vigente del desarrollo doctrinal, muy superior a la de sus contemporáneos. Sin duda ha sido el personaje adventista que más ha ayudado a preservar la unidad doctrinal de la iglesia adventista a través de los años. Esto permite comprender mejor la importancia de su rol como líder profético de la iglesia adventista.

Sergio E. Becerra

Universidad Adventista del Plata, Libertador San Martín, ARGENTINA

---

*Die Wettergottgestalten Mesopotamiens und Nordsyriens im Zeitalter der Keilschriftkulturen*, por Daniel Schwemer. Wiesbaden: Harrassowitz Verlag, 2001. Pp. xiv+1024. ISBN 3-447-04456-X. €100,00.

La presente obra, escrita en alemán, representa la tesis doctoral del autor, defendida en el 2000 en la Julius-Maximilians Universität de Würzburg, Alemania, y supervi-

sada por el Prof. Gernot Wilhelm. Es un *opus magnum* tanto por la calidad de la investigación, la amplitud de las áreas cubiertas y la extensión de la publicación que abarca más de 1000 páginas. Schwemer trata sobre la clase más importante entre los dioses del Antiguo Cercano Oriente (ACO), es decir, el dios-clima. Su amplia base de datos es la literatura cuneiforme de Mesopotamia y Siria, aunque de vez en cuando también busca e integra información no-textual como la iconografía o la discusión de material bíblico relacionado con el dios-clima Hadad (pp. 53, 236, 623, etc.). Sin embargo, mayormente se basa en la evidencia textual cuneiforme. El libro está estructurado en siete grandes divisiones (cada una con sub-divisiones relevantes). Después de un breve prólogo en el que se describe el proceso para la publicación de la obra (pp. xi-xii), el autor introduce el sistema de transliteración utilizado en el libro. La introducción (pp. 1-4) ubica la temática en el contexto de la investigación académica de la historia de la religión y en el marco internacional del ACO. Como resultado, Schwemer opta por una lectura integral de los textos (y no limitada a una área geográfica o un período histórico), presuponiendo un cierto *continuum* dentro de las culturas de Mesopotamia y Siria. El primer capítulo (pp. 5-9) trata sucintamente la clasificación moderna de tipos de deidades en el ACO. La tipología es un elemento importante entre las herramientas metodológicas de la disciplina de la historia de la religión. Schwemer sugiere una tipología funcional y formal, es decir, se entiende la función de la deidad basándose en elementos formales y funcionales que describen los textos. Claramente, el dios-clima, comúnmente conocido como Hadad (Adad) en Siria y Mesopotamia, era una de las deidades más importantes, pues el clima es central en una sociedad agrícola. El nombre proviene etimológicamente –según el autor– del verbo “gritar, tronar” (p. 46) y se conecta con el fenómeno físico de truenos en una tormenta. El segundo capítulo (con muchas subdivisiones) trata de describir cómo los mismos especialistas religiosos contemporáneos del ACO entendieron y ubicaron a Hadad en las importantes listas de deidades. Schwemer nota que el dios-clima *dīškur* aparece en las listas más antiguas de los sumerios como jefe del panteón local de la ciudad de Karkar, en textos de la dinastía temprana III (alrededor de 2500 aC), aunque sugiere que debe haber existido antes por haberse considerado suficientemente importante como para aparecer en diversas listas (pp. 11-16). Le sigue una discusión técnica de las ocurrencias en seis listas extintas de la época sumeria, aunque varias de ellas aparecen en copias posteriores.

El capítulo tres intenta la reconstrucción del dios-clima Hadda (la forma antigua de Hadad) en los testimonios literarios más antiguos, comenzando con Ebla en Siria (pp. 93-108), incluyendo también la discusión del templo de Hadda en el antiguo *Ḫalab*, el moderno Aleppo (pp. 108-11), aunque no se pudo establecer arqueológicamente la existencia de este templo, debido a la dificultad de las excavaciones por la existencia de la ciudad actual. Schwemer también incluye en esta sección una discusión breve del *onomasticon* con elementos teofóricos que involucran al dios Hadda en Ebla (pp. 119-22). Concluyendo esta sección, el autor sugiere que no se debe considerar a Hadda como el dios semítico más antiguo, porque no aparece en todos los panteones semíticos con este nombre. Sin embargo, alrededor de 2400 aC (o podría ser antes) la deidad

era parte de los dioses más importantes de Ebla, demostración de su creciente importancia tanto en términos de tiempo como también en geografía (pp. 122-3). Se caracterizó por su nexa con la tormenta y sus características militares. También se puede notar un cambio profundo en la iconografía del dios-clima al final del tercer milenio aC que ahora prefiere un toro como animal simbólico (pp. 124-5). La discusión iconográfica de Schwemer no cuenta con un marco teórico, donde introduce características y problemas de la metodología iconográfica, lo que debilita sus conclusiones. Las imágenes no siempre son fáciles de descifrar por su bagaje ideológico y propagandístico. Por ejemplo, en la discusión de Hadda en Siria (que es el objetivo de este capítulo), Schwemer salta libremente entre evidencia iconográfica siria y mesopotámica (p. 124), aparentemente, tomando como punto de partida, el concepto de un gran *continuum* artístico del ACO. Al parecer la iconografía moderna cuenta con herramientas más sofisticadas que también observan el desarrollo regional en todos sus aspectos sutiles y la interacción de los elementos iconográficos individuales.

El siguiente capítulo estudia el origen, los ritos y la teología del dios-clima sumerio Iškur (pp. 129-210) en el contexto sumerio. Schwemer utiliza distintas fuentes para reconstruir esta deidad, incluyendo nombres que usan este elemento teofórico y también textos rituales que describen el culto a Iškur. Las ciudades mesopotámicas que el autor estudia para determinar la difusión del culto del dios-clima Iškur, incluyen Karkar (aunque solamente en textos de ciudades vecinas; no se sabe exactamente la ubicación de la ciudad [p. 137]), Girsu, Umma (aunque los textos no establecen exactamente si existió un templo en la ciudad o solamente en la zona de influencia de Umma [p. 145]), Nippur (que funcionó como centro religioso en la época de Ur III en la baja Mesopotamia), Ur y Uruk. Es notable observar que en casi todas las ciudades, no se encontraron los restos arqueológicos del supuesto templo para Iškur. En consecuencia se nota que la evidencia física de excavaciones realizadas es casi inexistente en la mayoría de los casos. Schwemer aporta una colección de datos impresionante, pero no siempre hace una evaluación de la fidelidad de los documentos utilizados (que en muchos casos tampoco fueron encontrados en la misma ciudad, sino que son registros que mencionan la ciudad). En el análisis de los textos literarios se demuestra que en los pocos mitos sumerios que mencionan a Iškur aparece como hijo de Enlil, dios jefe del panteón sumerio (pp. 166-167). Sin embargo, existen otros textos que sugieren que Iškur es hijo del dios-cielo An que es, generalmente, considerado como padre de Enlil (p. 167). Alrededor del período sargónico aparecen nombres que contienen el elemento *haddu*, indicación posible de la integración del dios semítico Haddu en el panteón sumerio.

El capítulo cinco describe (mayormente por medio de evidencia textual) la penetración del culto de Haddu en la alta Mesopotamia y Babilonia. Es el capítulo más extenso, con más de 200 páginas (pp. 211-441). La época descrita corresponde más o menos desde el 2000 al 1000 aC y se estudian varias ciudades importantes del período incluyendo Ḫalab, Aššur (Ekallātum), Mari, la región de Diyālā, Susa y Babilonia. Como lo hizo anteriormente, Schwemer basa sus observaciones en estudios onomásticos,

listas de ofrendas y textos rituales pertenecientes a esta época. También incluye una sección muy interesante y útil sobre la diosa Šāla, la supuesta esposa de Hadad (Adad) sobre la cual no existe mucha evidencia (véase Jonas C. Greenfield, “Hadad”, en *DDD*<sup>2</sup> 381, que solamente da una referencia furtiva de tres líneas). La discusión de Schwemer es amplia (pp. 397-412) y muy abarcante.

El siguiente capítulo discute las tendencias sincretistas entre Haddu (Addu), Teššob y Ba’lu en la alta Mesopotamia y la sección norteña de Siria (pp. 443-587). Esta sección es la más relevante para los estudios de la Biblia, porque el contexto histórico y religioso coincide en parte con el ámbito bíblico veterotestamentario. Schwemer enfoca en este capítulo el período turbulento de la Edad de Bronce Tardía (c. 1550-1200 aC), que representa una época histórica desafiante para el historiador moderno por la falta de suficiente evidencia textual (p. 444; véase también en este número de *DavarLogos*, Gerald A. Klingbeil, “Entre centro y periferia: Qatna en la investigación arqueológica e histórica reciente”, *DavarLogos* 1.2 [2002]: 149-162). Este período se caracterizó por cambios políticos, culturales y también religiosos. Los hititas y hurritas (junto con el imperio Mitanni) se enfrentaron en Siria, formando alianzas variables y relacionándose en distintos niveles. Parece que el dios-clima hurrita Teššob se destacó como jefe del panteón hurrita. Con la inclusión de Ḫalab en Siria central en la esfera de control de los hurritas se produce una adaptación importante de Haddu>Teššob (pp. 443, 489-94) en el ámbito religioso. A partir del fin del siglo XVI aC se nota también un cambio de Haddu>Ba’lu (más tarde será Ba’al) en la costa de Palestina-Siria, a saber Ugarit. Schwemer también incluye una sección muy útil donde trata sobre la evidencia importante de Emar (pp. 548-72), seguido por la evaluación de la evidencia asiria de la época, donde prevaleció el nombre Adad que más tarde fue transmitido como Hadad en los textos arameos. El último capítulo, que discute la posición de Adad en el período más moderno del uso de la escritura cuneiforme como medio predominante en la comunicación, también incluye una discusión de la evidencia aramea (pp. 618-625). Es lamentable que Schwemer no haya incluido la obra importante de Edward Lipiński, *The Aramaeans: Their Ancient History, Culture, Religion* (Orientalia Lovaniensia Analecta 100; Leuven-Paris-Sterling: Uitgeverij Peeters, 2000), esp. 626-36. Podría ser que esta omisión se deba a la fecha reciente de la publicación. En términos generales, este capítulo utiliza también el mismo tipo de material (evidencia onomástica, listas, textos rituales, y –menos importante– evidencia arqueológica o iconográfica). Después de este capítulo, se incluye una nutrida colección de abreviaturas (especialmente de los textos citados; pp. 717-34), la bibliografía (pp. 735-811), y 200 páginas de índices (pp. 813-1013), dividido en referencias (de distintas clases), términos de los distintos idiomas, nombres (dioses, personales, geográficos y otros), y sujetos. Se incluyen un total de 5674 notas de pie de páginas en las 695 páginas de textos, lo que equivale a un promedio de 8 notas por página. Claramente indica la calidad y documentación adecuada del estudio.

Schwemer ha producido una obra enciclopédica sobre el dios-clima desde el 3000 al 500 aC que no tiene equivalencia alguna en la literatura especializada existente. Sus indi-

ces proveen un recurso bibliográfico y técnico valioso. La discusión es en general profunda, aunque se nota por su lenguaje que apunta a un público sumamente especializado. Sin embargo, se observan dos debilidades: primero, Schwemer no incluye ninguna conclusión, aunque ya lo adelanta en la introducción (p. 4), porque percibe que el estado de la base textual no es adecuado para escribir la historia definitiva del dios-clima. Lamentablemente, la falta de conclusiones no solamente ocurre al final de la obra sino también al final de cada capítulo. Hubiera sido mejor y más didáctico incluir conclusiones precisas de lo encontrado, siendo que una conclusión no necesariamente equivale a la “última palabra” sobre cualquier tema. Segundo, Schwemer se basa casi exclusivamente en textos literarios, rituales, o de listas que no siempre provienen del lugar que describen y están sujetos a tendencias ideológicas, lo cual no es muy discutido por el autor. Además, la datación de estos textos no siempre es clara, como el mismo autor reconoce (p. 3). De vez en cuando hubiera sido mejor dar más espacio a la discusión de la cultura material (arqueología, imágenes, arquitectura), dentro de un marco metodológico adecuado, que solamente confiar en los textos. Estas críticas, sin embargo, son más conceptuales y no tienen por qué desmerecer el valor inmenso del trabajo realizado por Schwemer. Solamente se han podido encontrar dos errores ortográficos en más de 1000 páginas (p. 2 “éin” en vez de “ein” y p. 443, nota 3692 “!7” en vez de “17”), testimonio del trabajo editorial cuidadoso realizado por el autor y la editorial Harrassowitz. Hay que felicitar tanto al autor como a la editorial por la labor realizada.

Gerald A. Klingbeil

Universidad Adventista del Plata, Libertador San Martín, ARGENTINA